

BR 161

D8

V. 4

Si quis aliter docet, & non acquiescit sanis sermonibus Domini Nostri Jesu-christi, & ei, quæ secundum pietatem est, nihil sciens sed languens circa quæstiones & pugnas verborum: ex quibus oriuntur invidiæ, contentiones, blasphemæ, suspiciones malæ, conflictationes hominum corruptorum, & qui veritate privati sunt. I. ad Tim. cap. 6. vers. 3.



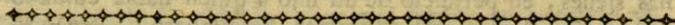
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y PROGRESOS.



SIGLO DUODECIMO.

ARTICULO PRIMERO.

Estado del imperio durante el siglo XII.

Alexo Comneno ocupó el trono de Constantinopla hasta el año 18 de este siglo, que no fué el tiempo menos brillante de su reynado. Propuso y concluyó tratados ventajosos con los príncipes de la cruzada, establecidos en el Asia. Tomó las armas contra los mahometanos, habiéndoles hecho la guerra con tanto suceso, que les obligó con sus victorias á pedir la paz, y á restituir todas las plazas de que se habian apoderado desde la cautividad del emperador romano Diógenes. Quando Alexo se aproximaba á su fin, se formaron cabalas cerca de su persona para darle un sucesor. La emperatriz Irene, su esposa, le instaba continuamente empeñándole á dexar el imperio á Nicéforo Briennio, su yerno, y á excluir del trono á Juan Comneno su hijo, príncipe digno de estimacion por sus bellas calidades, y asociado habia ya tiempo á la soberanía. No cesaba Irene de importunar á su marido, exágerándole en sus vivas y eficaces solicitudes el talento y la capacidad de Nicéforo, desacreditando á Juan Comneno, atribuyéndole vicios que no tenia, y quitándole el mérito que conocia todo el mundo. El motivo de esta conducta que sorprende en una madre, era el ciego amor que habia concebido por Ana Comnena, su hija, esposa de

A 2

007318

Nicéforo Briennio, á quien queria colocar en el primer lugar, sin atender á lo que la razon y la naturaleza, de acuerdo con la política, debian inspirarle á favor de su hijo. Alexo, que habia estudiado siempre en hacerse impenetrable, oia las representaciones de la emperatriz, sin dexar percibir lo que pensaba hacer. Pero no debia esperarse que este príncipe ambicioso y político, que habia trabajado tan largo tiempo por el engrandecimiento de su familia, consintiese en perder en sus últimos dias el fruto de toda su vida, poniendo la corona imperial sobre extrañas sienes, en perjuicio de un hijo á quien habia cuidado de enseñar el gran arte de reynar. Sin embargo, llegando ya á los últimos momentos, aun no habia respondido á la emperatriz sino de un modo vago é incierto, que no manifestaba sus intenciones. En estas circunstancias hizo que se acercase su hijo, y le entregó sin ser visto de nadie el anillo que llevaba, que era el sello imperial, Habiéndole Juan Comneno recibido, montó de repente á caballo, seguido de Isaac su hermano, y de todos los que le eran adictos, y se fué al gran palacio para hacerse proclamar. La guardia ganada por la emperatriz y su hija le negó la entrada. Fué preciso combatir, y habiendo sido deshecha aquella insolente milicia, se forzaron las puertas, y el príncipe se mostró al pueblo que le proclamó con voces de gran júbilo. Pocos instantes despues falleció el emperador Alexo, y se conservó en la ciudad tan buen orden, que este acaecimiento no produjo el menor disturbio.

Así que Juan Comneno tributó á la memoria de su padre los debidos honores, se entregó totalmente al cuidado del gobierno. Dió las dignidades á los sugetos, cuyo zelo habia ya experimentado, haciendo entrar en su consejo hombres sabios é instruidos, capaces de ayudarle á llevar el peso de los negocios. La princesa Ana, que no habia perdido la esperanza de elevar á su esposo sobre el trono, tramó una conspiracion contra su hermano; y aquel príncipe hubiera sido asesinado por sus guardias, si Nicéforo Briennio no hubiera sido tan tímido como su esposa atrevida. La conjuracion se descubrió, siendo el destierro el único castigo de los culpados. Exasperada Ana de haber sido tan mal auxiliada de su esposo, se quejaba de la naturaleza que no la habia hecho hombre ántes que á él. El reynado de Juan Comneno fué señalado por célebres

victorias sobre los turcos; por una continua vigilancia sobre todos los ramos de la administracion interior, por un gran zelo de la religion, y por una regularidad de conducta que jamas se desmintió. Su prudencia y su bondad le hicieron amar de todo su pueblo; su valor y su pericia militar le hicieron formidable á sus enemigos; y si hubiera reynado mas tiempo, el Imperio griego resarciria sin duda sus pérdidas. Pero un accidente imprevisto le arrebató de un modo funesto para sus vasallos y para su patria, quando empezaba á gustar las dulzuras de un gobierno fundado sobre la justicia y la religion. Estaba cazando y acababa de herir un jabalí formidable; el animal furioso se revolvió y hizo bambolear al emperador; con el estremecimiento cayó su aljaba, y una flecha envenenada le hirió al soslayo en la mano; no hizo caso, se le inflamó, y bien presto el mal llegó á ser incurable. Declararon los médicos que no habia otro medio de salvar la vida del príncipe que el de cortar el brazo. No quiso consentir, y prefiriendo la muerte á aquella cruel operacion, se preparó á ella con gran fortaleza. De quatro hijos que habia tenido, dos habian muerto de muy tierna edad; y de los dos que le restaban el mayor llamado Isaac no anunciaba sino vicios, en tanto que el menor llamado Manuel, prometia talento y virtudes. El príncipe al espirar, propuso éste á los grandes y á los principales oficiales del ejército que habia hecho juntar. Todos aplaudieron su eleccion. Manuel fué aclamado emperador, y le prestaron juramento de fidelidad sobre los santos evangelios. Despues de haber así proveido á la tranquilidad del estado, y á la sucesion del trono Imperial en su familia, falleció Juan Comneno sentido de todo el Imperio; en 1143 á la edad de 55 años, de los quales habia reynado con gloria cerca de 25.

Manuel estaba en Cilicia con su hermano mientras pasaba todo esto. Envió sin dilacion un oficial de confianza á Constantinopla para precaver todos los movimientos que el príncipe Isaac, su hermano, podria causar. El senado y el clero, instruidos de las últimas disposiciones del difunto emperador, confirmaron su eleccion, y Manuel habiéndose dirigido á su capital, fué proclamado á su llegada por todos los ordenes del estado. El príncipe Isaac renunció públicamente á sus derechos, queriendo mas ser la segunda persona del Imperio, que suscitar una guerra civil que ha-

bria hecho derramar mucha sangre, y que no se hubiera podido terminar sino con su muerte, ó la de su hermano. En el mismo año de su exáltacion al trono declaró Manuel la guerra á Masoul, sultan de Iconia, y despues de grandes ventajas, le obligó á pedirle la paz; pero ésta duró poco, y estos dos príncipes estuvieron casi siempre armados uno contra otro; habiéndose solo unido para oponerse á los proyectos de los príncipes latinos, que fueron otra vez al socorro de los christianos de Oriente, como diremos en el artículo de las dos cruzadas emprendidas en este siglo. Aunque Masoul era al mismo tiempo muy experimentado en el arte de la guerra, y político hábil, Manuel le excedía en ambas cosas. Era tan gran capitán como su padre, y tan gran estadista como su abuelo; pero no imitó ni á uno ni á otro en la pureza de sus costumbres. Se habia casado con Bertha, cuñada de Conrado II. emperador de Occidente, princesa de una rara piedad, á quien dieron el nombre de Irene. Manuel se disgustó de ella á poco tiempo de su union, para entregarse á la pasión que tenia por su sobrina Teodora; comercio criminal y escandaloso, que obscureció la reputacion del jóven monarca, y le hizo perder la estimacion de sus súbditos. Sin embargo respetó siempre la virtud de su esposa; pero vivia abandonada y reducida á los vanos honores de su casa.

Los estrechos enlaces que Manuel contraxo con los príncipes musulmanes para desvanecer las empresas de los cruzados, le han hecho sospechoso de alguna propension á la religion de Mahoma; pero se debe desechar esta idea injuriosa, persuadiéndonos que sola la política dió lugar á las inteligencias secretas que tuvo por algun tiempo con soberanos que no podia mirar sino como á enemigos naturales del imperio. Ademas de las inquietudes que le causaron los exércitos numerosos de los cruzados, y los ócultos designios que recelaba de ellos, tuvo tambien que resistir los ataques de Roberto I. rey de Sicilia, que le quitó la isla de Corfu, y asoló las costas de la Grecia, transportando á Sicilia las manufacturas de estofas de seda que hacian el principal artículo del comercio de los griegos. Con ocasion de esta guerra para atraerse Manuel la bendicion de Dios sobre sus armas, expidió un decreto llamado la bula de oro, por el qual confirmaba á todas las iglesias la posesion de sus haciendas, y suplia quanto pudiese haber defectuoso en sus

títulos. No era Manuel muy viejo, pero su continua aplicacion, y la fatiga de las marchas y de los combates, habian disminuido sus fuerzas de tal modo, que cayó en una languidez, cuyo aumento hizo en breve desconfiar de su vida. El solo se lisonjaba de prolongar su carrera, fiado en la palabra de un astrólogo que aun le prometia 14 años de vida. Habiéndole alucinado esta esperanza sobre el riesgo en que estaba, murió sin haber tomado las medidas para la administracion de los negocios, durante la minoridad de Alexo Comneno, su hijo, que apenas tenia 13 años, y que debia arribar al trono por su muerte. Este príncipe vivió siempre en comunion con la santa sede, mostrándose bien dispuesto á la reunion de las dos iglesias á exemplo de su padre y de su abuelo.

El jóven emperador Alexo II fué generalmente reconocido por sucesor de Manuel, baxo la tutela de la emperatriz María, su madre, hija de Raymundo, príncipe de Antioquia. Era esta princesa ambiciosa, sin talento y amiga de mandar, sin tener nada de lo que se necesita para hacerse obedecer. Se entregó á los consejos del Protosebasto Alexo Comneno, sobrino del último emperador, hombre duro, imperioso, y que solo se sirvió de la autoridad soberana depositada en sus manos, para cometer impunemente las mas horribles vexaciones. La deferencia de la regente á la voluntad de su ministro era tan ciega, que se hizo sospechosa de sentimientos mas tiernos que una simple confianza. Los enemigos de la emperatriz y del que hacian pasar por su amante, acreditaban con sus injuriosos discursos una murmuracion que el odio y la malignidad difundian con cuidado. El descontento de los grandes y del pueblo creció hasta el punto de conspirar contra la vida del Protosebasto, y apostaron asesinos para matarle. La princesa María, hermana del emperador, era la cabeza de esta conspiracion, y aunque la empresa no tuvo efecto, fué un origen de turbaciones en la corte y la ciudad. El odio que se habia jurado al ministro se hizo mas violento, y las murmuraciones se aumentaron quando se supo que el sultan de Iconia se habia apoderado de varias ciudades, sin que la emperatriz y su consejo se tomasen el trabajo de resistirle. En medio de esta agitacion el jóven emperador no cuidaba sino de sus placeres, sin mostrar alguna de aquellas prendas que pudiese hacer esperar un tiempo mas feliz.

Andrónico, príncipe de la casa Imperial, que en el reinado de Manuel se había visto precisado á refugiarse entre los extrangeros, supo desde su retiro todo lo que pasaba en Constantinopla. Era éste un genio faccioso, inquieto, dominado de las mas vivas pasiones, y que se había hecho famoso por aventuras extraordinarias. Manuel, su primo hermano, había inútilmente empleado el rigor y la prudencia, para hacerle mas circunspecto y moderado. El artificio era su elemento, y la disimulacion, que llevaba tan léjos como podia, era el velo con que cubria sus pérfidos designios. Apenas se informó de los partidos que despedazaban la corte, y de la mala conducta de los que gobernaban baxo el nombre del jóven Alexo, quando se avivó su ambicion, y vió mas facilidad que nunca de cumplir los deseos de hacerse emperador, que ocultaba largo tiempo había. Antes de emprender cosa alguna quiso conocer la disposicion de los ánimos. Con esta mira escribió varias cartas al jóven emperador, al patriarca, y á las personas que sabia eran mas adictas al bien público. Lamentabase de los males del estado, y se mostraba dispuesto á sacrificarse á sí mismo, si fuese menester, para remediarlos. Este artificio produjo buen efecto; admiraron su zelo, su generosidad, y se persuadieron que nadie era mas capaz que él de evitar la total ruina del imperio por su talento y experiencia. Le convidaron á ir prontamente al socorro de la patria. Habiéndose preparado así las cosas, se puso en camino reuniendo en él algunas tropas, con las cuales se presentó á las puertas de Constantinopla. Fué allí recibido como un libertador que venia á lavar las manchas del trono, y abatir la tiranía. El jóven emperador, incapaz de conocer lo que exigian sus verdaderos intereses en semejante coyuntura, movido ademas de sus protestas llenas de respeto, y de sus lágrimas, le entregó todo el poder. El primer uso que de él hizo fué condenar al Protosebaste á perder la vida, y á la emperatriz primeramente al destierro, y despues á la muerte. Dueño de todo, adquirió bastante número de partidarios para executar sus ambiciosos proyectos. El veneno le desembarazó poco á poco de quantos podian servirle de obstáculo. Entónces dexando el disimulo, se hizo proclamar emperador, no decia para reynar solo, sino para servir de guía y de apoyo al jóven Alexo. A todo el mundo engañó su language. Pero debieron conocer bien al nue-

vo soberano, quando al día siguiente de su coronacion supieron que había hecho ahogar y echar al mar aquella noche á su desgraciado cólega, por quien había la víspera manifestado un interes tan vivo.

Un monstruo tal como Andrónico no podia gozar mucho tiempo del fruto de sus crímenes, ni tener el poder absoluto sin cometer cada día otros nuevos. Su crueldad, sus zelosos recelos que le hacian ver enemigos armados contra su vida en todos los que ocupaban algun puesto en la corte, sus bárbaras venganzas, y en una palabra, su tiranía que no podia saciarse con la sangre que cada día derramaba, le hicieron para todo el mundo un objeto de exêcracion y de horror. Tanto ménos se esperaba ver en él sentimientos mas humanos, quanto ya pasaba de 70 años, y que á esta edad nunca se suaviza un natural feroz y cruel. Añadió á la sed de la sangre otro vicio de los tiranos, que es la supersticion. Siempre inquieto y temeroso de su vida, se valió de un mágico para saber quien seria su sucesor. El adivino le hizo ver en la vasija en donde executaba sus operaciones mágicas las primeras letras del nombre de Isaac. De repente las sospechas del tirano recayeron sobre Isaac Angelo, biznieto de Alexo I, y se resolvió su pérdida. Pero él la evitó echándose sable en mano sobre Esteban, primer ministro de Andrónico, que había entrado en su casa con soldados para conducirlo á palacio. Despues de esta accion generosa se refugió á la iglesia de santa Sofia, en donde habiéndose amontonado el pueblo, puso en su cabeza la corona de Constantino, que estaba colgada sobre el altar mayor. La revolucion fué tan funesta al tirano, como repentina. Se apoderaron de él, y despues de haberle hecho todos los ultrajes que un pueblo amotinado puede inventar en su furor, le dieron muerte. Digno premio de los crímenes en que había delinquido, y de la sangre inocente que con tanta barbarie había derramado.

Los principios de Isaac Angelo hicieron concebir la esperanza de un gobierno justo y sabio. Llamó á los desterrados, y restableció en sus bienes á los que Andrónico había injustamente despojado. El primer año de su reinado se señaló con una victoria ganada sobre los sicilianos, y con la gloriosa paz concluida con Guillermo II su rey. Debió estos primeros sucesos al valor de Urano su gene-

ral. Pero sus armas no fueron tan felices en las otras dos guerras, que casi á un tiempo sostuvo contra el sultan de Iconia, y los valacos sublevados. Sus exércitos fueron batidos, aunque él mismo los mandaba, y no carecia de talento para la guerra. Estos reveses, juntos con los desórdenes y las impiedades de que Isaac hacia su entretenimiento, le enagenaron todos los corazones, y le hicieron despreciable. De todas partes se levantaron impostores y rebeldes que aspiraban al trono. Apenas se habia disipado una rebelion, quando otra nacia. Finalmente, su hermano Alexo, habiendo ganado los principales personages, formó un poderoso partido para destronarle. El odio publico favoreció á este nuevo usurpador. Se hizo proclamar emperador, y el cobarde Isaac, que habia huido en lugar de defenderse, habiendo sido preso le sacaron los ojos, y le encerraron en una prision, de donde aun le veremos salir para reynar á principios del siglo XIII. El acacimientto que le precipitó del trono corresponde al año de 1195, y así nos parece á propósito quedarnos en esta época por evitar la repeticion.

ARTICULO II.

Estado del poder musulmano baxo los sarracenos y los turcos.

La historia musulmana perteneciente á este siglo está mas obscura y complicada que nunca. La multitud de príncipes que se levantan, se combaten y se destruyen sucesivamente, la variedad de sus intereses, sus rápidos sucesos, y su caída muchas veces tan pronta como su elevacion; sus guerras y sus alianzas, ya entre sí, ya con los príncipes christianos; sus querellas, sus confederaciones, que se forman y se desaparecen de repente segun las circunstancias y la movilidad de sus intereses; su respectiva potencia, que crece ó disminuye por causas sujetas á continuas variaciones; finalmente, las relaciones mas ó ménos directas de los emires ó pequeños soberanos, con los grandes príncipes ó sultanes de que eran súbditos, y las de estos con los califas de Bagdad, cabezas de la religion, y supremos señores del imperio musulmano, que colocaban sobre el trono de Mahometo, ó que precipita-

ban mas frecüentemente por capricho, que por consideraciones políticas: todo esto digo ha introducido tanta confusion en los sucesos, que es muy difícil seguir el hilo de ellos, y coordinarlos sin entrar en una muchedumbre de discusiones que no son de nuestro objeto.

Hemos visto en el siglo precedente formarse en el seno del imperio musulman tres grandes potencias, á saber: la de los sultanes de Persia, la de los califas fatimitas en Egipto, y la de los sultanes de Iconia en Natolia; otras dos ménos considerables, que fueron: la de los sultanes de Alepo, y la de los de Damasco en Siria; y una infinidad de pequeñas que se extendian ó limitaban segun la era feliz ó contraria la suerte de las armas. La primera cruzada habia hecho nacer entre estos diversos soberanos nuevos intereses y nuevos proyectos de engrandecimiento. Los unos se coligaron con los griegos para oponerse á los christianos de Occidente; los otros se unieron á los príncipes cruzados para valerse de ellos contra vecinos zelosos, cuya ambicion querian refrenar, ó contra dueños poderosos cuyo yugo deseaban sacudir, varios, en fin, movidos del bien comun, y animados por el zelo de la religion, se ligaron con el generoso designio de oponer una fuerte barrera á todos los enemigos del eslamismo. Apenas se puede decir quales fueron los principios del sistema que adoptaron unos y otros en medio de las guerras y revoluciones de que fué testigo aquel borrascoso tiempo. Nos acercariamos mas á la verdad juzgando que no tuvieron ningun principio, y que para formar ó romper sus alianzas solo atendieron al acaso de las circunstancias y al interes de aquel momento. Esto es en efecto lo que influye mas poderosamente en las revoluciones y suerte de los pueblos que no tienen otra ley que la fuerza y el derecho de la espada.

Desde que los príncipes cruzados empezaron á formar establecimientos permanentes en el Asia, las cosas mudaron de aspecto, debiendo adoptarse, tanto de parte de los christianos, como de los musulmanes un nuevo plan de conducta mas fixo, mas conforme al interes comun de cada nacion; y mas exáctamente seguido por unos y otros. Parece que los príncipes latinos unidos entre sí por la gloria nacional, junta con la religion, no debian formar sino una sola potencia baxo la direccion del rey de Jerusalem, su gefe supremo; y que los mahometanos por su-

parte haciendo cesar sus divisiones y rivalidades, no tenían otro partido que abrazar que el de concurrir todos á la destruccion de las soberanías, aun mal consolidadas, cuyos cimientos acababan de poner los occidentales. Pero la historia nos enseña que ni unos ni otros se arreglaron jamas á una política, cuya necesidad debian hacerles conocer la razon y la prudencia. Guiados por un espíritu general de ambicion, y arrastrados de los sucesos, consultaban poco las reglas inmutables de un gobierno ilustrado; rara vez meditaban en lo por venir para dirigir sus empresas hácia un objeto fijo y útil á la posteridad.

Así los príncipes christianos, que solo debieran formar una república animada de un mismo espíritu, y conducida de unos mismos designios, se dividían muchas veces baxo pretextos agenos del interes comun, se atacaban, se maltrataban, y ponian una falsa gloria de tenerse unos con otros en un estado de temor y de desconfianza. El honor y la religion eran alguna vez el único lazo que los estrechaba, y que suspendía los efectos de aquella rivalidad suspicaz de que la mas funesta experiencia no podia apartarles. Aun era preciso que el riesgo fuese evidente, y las circunstancias propias á despertar el entusiasmo, para que se les viese abrazar la causa comun, y unirse por algun tiempo baxo un mismo estandarte. Esta falta de armonía fué el principal origen de sus reveses. Este detuvo sus progresos, hizo su fortuna incierta y vacilante, extravió su valor apartándolos del verdadero objeto, y vino á ser mas de una vez el salvamento de los turcos y de los sarracenos. Estos de su parte no tenían designios mas justos, ni un plan de conducta mejor concertado. Obraban á la ventura, sin designio, mudando de amigos y enemigos, sin consultar ni el bien público ni el interes general; tomando hoy las armas contra un príncipe de la nacion, mañana contra otro, no escuchando sino su capricho ó á un interes momentáneo; ya sometidos al sultan de Persia, y recibiendo sus órdenes; ya al de Iconia, y combatiendo por extender sus dominios; zelosos defensores del califa de Bagdad por el respeto á su dignidad, poco despues sitiadores de su capital, saqueando sus tesoros, y tratando su persona con el último desprecio. Tal era la confusion que reynaba entre aquellos príncipes, siempre inquietos y zelosos, siempre prontos á destruir á los que habian eleva-

do, sin seguir otro impulso que el de un valor impetuoso y mal arreglado, que no parecia tener otro objeto que el estrago y la desolacion. Esta desunion y este desconcierto contribuyeron mas que todo á sostener el poder de los príncipes latinos que se habian establecido en el Asia.

En los primeros años de este siglo formó el sultan de Persia el proyecto de restituir á su dependencia todos los emires que se habian substraído unos á exemplo de otros. Desde que los turcos habian conquistado aquellas vastas regiones á los califas, los soberanos, cuya dominacion reconocian, habian sido siempre superiores en poder y grandeza á todos los príncipes musulmanes. Habiendo Mohammed usurpado á Malek-Schah su sobrino en 1104 el trono de Persia, reputó por obligacion suya el abatir los emires y atabekes haciéndoles volver á la obediencia, cuyo yugo habian sacudido. La empresa era digna de un gran príncipe; pero era preciso para salir bien con ella una política firme, una conducta seguida, y fuerzas proporcionadas á las que los vasallos del imperio musulmano iban á oponerle. No empleó mas que este último medio, que no era suficiente sin los demas; y esta tentativa, á pesar del gran número de tropas que puso en campaña, y á pesar del valor y la experiencia de los generales, á quien confió el mando, no hizo otra cosa que derramar mucha sangre, sin mudar en nada el estado de las cosas.

Despues de haber hecho la guerra inútilmente sus vasallos, Mahomed abrió los ojos sobre los progresos que hacian los christianos á favor de los disturbios que dividian el imperio, y á los riesgos que amenazaban á la religion mahometana. Esta consideracion, que hasta entónces no le habia ocurrido, le hizo abandonar su primer designio, y volver su actividad contra los enemigos de su culto. Todos los príncipes zelosos de la ley de Mahoma vinieron á reunirse baxo sus banderas, y dentro de poco se halló con doscientos mil hombres, un ejército tan numeroso, á quien hacia mas formidable el entusiasmo de la religion, hubieran debido sin duda sorber y arruinar para siempre á los latinos de Asia con todas las fuerzas que podian oponerle. Pero á esta muchedumbre de gente les faltaba caudillos capaces de dirigirla. No porque los generales del ejército musulmano no tuviesen valor ni capacidad; pero no tenían aquellos proyectos combinados y calculados, que son in-

dispensables para el buen éxito de las operaciones militares, cuyas resultas se desea sean permanentes. Sucedió, pues, lo que mas de una vez habia ya acaecido en aquellos países. El aparato de aquel numeroso ejército no produjo sino un terror pasajero, se ganaron algunas fortalezas, se dieron algunas batallas indecisas, se saquearon ciudades, se asolaron campiñas, se usaron stratagemas que surtieron efecto, y otras que fueron inutilizadas, es decir, que se perdió tanta gente poco mas ó ménos por una y otra parte, y que despues de una larga guerra los turcos y los christianos, sucesivamente vencedores y vencidos, se hallaban casi encerrados en los mismos límites que ántes de ella.

Entre la multitud de soberanos que se disputaban entre sí los despojos del imperio fundado por Mahoma, y hecho tan dilatado y poderoso por las conquistas de sus sucesores, la historia distingue dos que fueron la gloria del nombre musulmano, y el terror de los christianos de Asia durante este siglo. Bien se dexa ver queremos hablar de Norandino y Saladino, ambos príncipes ilustres, valerosos, guerreros y grandes hombres. Sus hazañas militares, sus conquistas, sus prendas personales, y el papel importante que hicieron en el Oriente en la época en que estamos, exigen de nosotros que los demos á conocer por alguna descripción de sus acciones, y por algunos rasgos de su carácter.

Norandino, hijo de Emadeddino-Zenghi, sultan de Mosoul y de Alepo, excedió en reputacion á su padre, aunque los historiadores árabes y christianos esten acordes en mirarle como uno de los grandes capitanes de su tiempo. A la muerte de Zenghi, Norandino dividió sus estados con uno de sus hermanos. Pero este príncipe criado entre las armas, tenia demasiada ambicion, y estaba inflamado de un deseo demasiado vivo de adquirir gloria para limitarse á la soberanía de Alepo que le habia tocado. Se entregó pues al ardor de su córage y al exemplo de los conquistadores que le habian precedido, emprendió sojuzgar á los emires y príncipes latinos que reynaban en aquel clima. Igualando su pericia á su valor, y su tolerancia haciéndole superar constantemente las mayores fatigas de la guerra, llegó á someter en poco tiempo la mayor parte de los príncipes contra quienes habia tomado las armas. El sultan de Ico-

nia fué vencido, el de Damasco no obtuvo la paz sino obligándose á dar una gruesa suma de dinero, y pagar tributo; el principado de Edesa vino á formar parte de sus estados; Tusselino de Courtenai, que le poseía, se vió en el número de sus cautivos, y el califa de Egipto estuvo á punto de aumentar el número de los soberanos destronados que componian su corte. Balduino III, rey de Jerusalem, fué el único enemigo que se mostró digno de hacerle frente, y capaz de detener sus conquistas. Fué Norandino bastante justo para estimar el valor y el talento militar de un príncipe que acababa de vencerle; y quando supo la muerte fué bastante generoso para sentirla, y para rehusar embestir sus estados en los primeros momentos del dolor que su pérdida habia ocasionado á los christianos. Atento á la conservacion de sus conquistas, y sensible á las desgracias del pueblo, hizo reparar un gran número de ciudades casi arruinadas por terremotos, y los edificios públicos que la violencia de los vayvenes habia ó trastornado ó maltratado. Religioso observador de sus empeños para con todos, y aun para con sus enemigos, exigía la misma fidelidad de parte de aquellos con quienes trataba, y habiendolos francos observado mal las condiciones de una tregua que habian concluido con él, tomó las armas para castigar la infraccion. Defensor del Egipto despues de haberle vencido, rechazó las tropas con que diversos príncipes latinos le atacaron, obligándoles á retirarse sin haber executado nada en esta provincia, que formaba parte de su imperio. Se preparaba á nuevas empresas, quando una esquinencia le arrebató de repente en medio de sus victorias el año de 1173. Este príncipe, igualmente admirado de los musulmanes y de los christianos, se habia adquirido tan gran reputacion por su justicia y desinterés, como por su valor y sus conquistas. Fiel observador de su ley, llenó todos sus deberes con tanta piedad, que los turcos honran aun en el día su memoria mirándole como uno de sus santos. A su muerte comprehendia su imperio, ademas de Mosoul y sus dependencias, la Sicilia, la Siria, la Mesopotamia, el Diaberk, el Egipto y el Ieman.

Muerto Norandino, Saladino, hijo de Nodgemeddino-Ayoud, nacido en la Taurida, era ya un príncipe poderoso y famoso conquistador, formado en el arte de la guerra en la escuela de Norandino, que le habia hecho su virey

en Egipto, y en la de su tío el general Siracón. A la ambición de que estaba inflamado, acompañaban todas las prendas brillantes y sólidas que dan una gran reputación. Era por carácter equitativo, generoso y humano, con todo, por política se hizo injusto, pérfido y cruel. El interés de su grandeza y de su gloria fué la única regla de su conducta, teniendo por nada la justicia y el reconocimiento siempre que no concordaban con sus proyectos. Quando Norandino, que había penetrado sus ambiciosos designios, fué sorprendido de una muerte inopinada, pensaba llamarle cerca de su persona para mejor descubrir sus miras, en aquel punto estaba Saladino en Egipto, en donde ejercía la autoridad soberana en nombre de Norandino que le había dado el mando de sus tropas. Este príncipe á su muerte solo había dexado un hijo que apenas tenía doce años. Saladino se declaró tutor del joven sultán para mejor destronarle. Teniendo los ejércitos baxo sus órdenes, y gozando de la confianza de los capitanes y soldados, le fué fácil invadir los estados de su pupilo; pero esto no bastaba para satisfacer su ambición, quería reunir el reyno de Jerusalem y todas las posesiones de los príncipes christianos en el Asia al Egipto, y los demas países de que ya se había hecho dueño.

Encaminó todas sus medidas para la execucion de este gran designio. Tropas numerosas y disciplinadas quanto era posible, generales diestros, cuyo ardor supo dirigir y contener una actividad que nada podía debilitar: una constancia capaz de superar los mayores obstáculos, y una prudencia que al instante reparaba las faltas ó accidentes que no había podido preveer; tales eran los medios sobre que Saladino fundaba la esperanza del suceso. Una enfermedad que casi le puso á las puertas del sepulcro, y una derrota que su ejército no hubiera padecido á estar él en disposición de mandarle retardaron algo su empresa. Pero apenas se restableció, quando se ocupó enteramente en ella. Roha, Edesa, Racca, Necibena, Amida, y finalmente Alepo cayeron sucesivamente en sus manos. Los príncipes latinos, aterrados de unas conquistas tan rápidas, y del aumento de su poder, que eran su fruto, propusieron á Saladino una tregua. La concedió por quatro años; pero habiéndola violado los christianos, á quien tanto interesaba observarla, robando y maltratando las carabanas de pere-

grinos que iban á la Meca, irritado Saladino de esta perfidia, comenzó la guerra con mas ardor que nunca. La completa victoria que ganó sobre los príncipes latinos cerca del lago de Tiberiades en 1187 puso el colmo á su gloria, suceso tanto mas funesto para los christianos, quanto ademas de la pérdida de sus mejores tropas ocasionó la de todas las ciudades que aun poseian en la Siria y la Palestina. Recibieron la ley del vencedor, y entre ellas Jerusalem. Quando esta ciudad pasó al dominio de los musulmanes, hacia 90 años que estaba en poder de los christianos. Despues de esta pérdida tan considerable, solo les quedaban tres plazas importantes en Oriente, que eran Antioquía, Tiro, Trípoli y algunos castillos.

Desde aquel punto todos los años de Saladino fueron señalados con nuevos triunfos. Pero los nuevos socorros que los christianos recibieron de Occidente por la llegada de los reyes de Francia y de Inglaterra, Felipe Augusto y Ricardo, los pusieron en estado de oponerse en fin á los progresos de aquel conquistador. La ciudad de Acre ó Ptolemaida reconquistada por los dos monarcas; una completa victoria alcanzada por Ricardo sobre las tropas musulmanas despues de la partida de Felipe; la rendición de Cesarea y Jaffa; en fin otros sucesos de los cruzados capaces aun de mayores conseqüencias hicieron creer á Saladino que la fortuna se cansaba de favorecerle, y determinarse á concluir una tregua de tres años. Esta le aseguraba parte de sus conquistas, dándole tiempo para disponerle á nuevas expediciones que meditaba. Pero quando comenzaba á gozar de algun reposo despues de una vida agitada, la muerte terminó su carrera el año de 1192 á los 58 de su edad. Despues de los primeros fundadores de la potencia musulmana aun no se había visto un héroe semejante. Reunía en el mas alto grado todas las calidades que forman los grandes príncipes y los grandes hombres. Era tan desinteresado, que á pesar de las inmensas rentas que percibía de sus vastos dominios, y de las riquezas innumerables que habían sido fruto de sus victorias, no dexó ni tesoros ni muebles preciosos. Tenía muchos hijos: tres dividieron su imperio, los demas obtuvieron ciudades y gobiernos, lo mismo que la mayor parte de sus parientes; pero se encendió entre ellos la discordia, y las guerras que de ahí se originaron, desmembraron aque-

lla gran monarquía que habia costado tantas fatigas á Saladino, y tanta sangre á la nacion turca.

ARTICULO III.

Estado de las monarquías y de la sociedad política en Occidente.

Entre las monarquías mas ó ménos dilatadas que dividian la Europa, la de los reyes de Germania era la mas vasta y formidable; como asimismo la mas agitada de discordias civiles y de guerras extrangeras. La potencia de estos príncipes, que tenían otros muchos por súbditos y vasallos, estaba fundada en los derechos anexos á la corona de Alemania, y en los que por el cetro imperial se añadian á ella. Pero los unos eran frecuentemente combatidos por la ambicion é independencia de los grandes, que baxo diferentes títulos de duques, condes y barones exercian la soberanía en sus pequeños estados; los otros estaban ó mal conocidos ó limitados por los papas, por los príncipes de Italia, y por las ciudades que aspiraban á quedar libres, siempre que los emperadores ocupados lejos de ellas, no tenían exércitos en pie para sostenerlos.

Henrique IV no vivia ya. Este príncipe, que habia hecho temblar á la Europa, y halládose en 66 batallas vencedor siempre, habia muerto en Lieja en la miseria y el abandono. Perseguido hasta mas allá del sepulcro por un hijo desnaturalizado que le habia precipitado del trono, se le rehusaron los honores de sepultura sagrada, sin que este hijo, autor de su último desastre, se tomase el trabajo de impedir el ultraje hecho á sus cenizas. Comenzó Henrique V. su reynado año 1107 con apariencias que no anunciaban á la Iglesia y al imperio mas quietud que habian disfrutado en tiempo de su padre. Apenas se vió en tranquila posesion de la corona, quando persiguió y declaró la guerra á los príncipes que habian sido fieles al último emperador. En seguida volvió sus miras al lado de la Italia, y sostuvo con extremado calor las pretensiones que en el reynado de Henrique IV habian causado tan grandes disturbios, y acibarado tan cruelmente los dias de aquel desgraciado príncipe. La querrela de las investiduras se reproduxo haciéndose mas viva que nunca. Los papas,

á exemplo de Gregorio VII, imaginaron herido el honor del sacerdocio y los derechos sagrados en dar un príncipe secular á los obispos el báculo y anillo pastoral. Pasqual II, Gelasio II, y Calixto II exercieron toda la actividad de su zelo y todo el aparato de las censuras eclesiásticas para forzar á Henrique V á renunciar á las pretensiones que se mostró mas zeloso de sostener y conservar que ninguno de sus predecesores. Los anatemas, de que le cubrieron los pontífices, y que quiso menospreciar, sublevaron contra él parte de los señores y obispos de Alemania. Estas desavenencias, que podian ocasionar una general rebellion; hicieron conocer á Henrique quanto interes tenía en reconciliarse con la santa sede. Juntó, pues, una dieta en Wormes, en la qual renunció, con el consentimiento de los estados, el nombramiento de los obispos y abades, dexando á los cabildos y monasterios su libre elección, y prometiendo no dar á los prelados la investidura de los bienes temporales por el báculo y anillo, y sí solo por el cetro, para mostrar que estos bienes eran concesion del príncipe que conservaba sobre ellos la soberanía. Después de este acuerdo fué Henrique admitido al ósculo de paz por los legados del papa; y murió en Utreht en 1125, á la edad de 44 años, el 19 de su reynado, contando desde la muerte de su padre.

Por muerte de Henrique V. salió el cetro imperial de la casa de Franconia, en que estaba habia mas de un siglo. Los príncipes y obispos de Alemania se congregaron en Maguncia para dar una cabeza á la nacion germánica y al imperio. Eran muchos los candidatos, y cada uno tenía un partido considerable para elevarse á esta primer dignidad del Occidente; pero el mayor número de votos se reunió en favor de Lotario, duque de Saxonia. Federico, duque de Suabia, habia tenido muchos, y Conrado su hermano, que aspiraba á la corona de Lombardía, sostenido de algunos partidarios adictos á su persona, se ligó con él para negar á Lotario la obediencia y el homenage que se le debía como á cabeza del cuerpo germánico. Federico tomó, pues, el título de rey de Alemania, y Conrado habiendo pasado á Italia, se hizo consagrar rey de Lombardía por el arzobispo de Milan. La rebellion de estos dos príncipes obligó á Lotario á tomar las armas para someterlos. Reunia en sí todas las fuerzas del imperio, y sus ene-